

La función embellecedora y la función aniquiladora de la palabra de Dios para la iglesia como la novia gloriosa de Cristo y como el guerrero corporativo de Dios

Lectura bíblica: Ef. 5:26-27; 6:17-18; Ap. 19:7-9, 11-16

I. La función embellecedora de la palabra de Dios tiene como fin que la iglesia sea preparada para ser la novia gloriosa de Cristo, y la función aniquiladora de la palabra de Dios tiene como fin que la iglesia ejerza su función como el guerrero corporativo de Dios al darle muerte a Su adversario—Ef. 5:26-27; 6:17-18; Ap. 19:7-9, 11-16:

- A. En Efesios 5 vemos que la función de la palabra es alimentar con miras al embellecimiento de la novia, mientras que en Efesios 6 vemos que la función de la palabra es aniquilar, la cual capacita a la iglesia, el guerrero corporativo, para pelear la guerra espiritual.
- B. La función embellecedora de la palabra de Dios produce la iglesia a imagen de Dios, y la función aniquiladora de la palabra de Dios produce la iglesia con el dominio de Dios—Gn. 1:26.
- C. Los vencedores viven por toda palabra que sale de la boca de Dios a fin de ser gobernados, regulados, regidos y restringidos por la Palabra de Dios al seguirlo a Él para llegar a ser Su novia con miras a Su expresión y para derrotar a Su enemigo con miras a Su dominio—Mt. 4:4; Dt. 17:18-20; Ap. 19:13-14.
- D. El Señor Jesús vino como el Verbo de Dios en la carne para redimir a la iglesia jurídicamente (Jn. 1:14), Él llegó a ser el Espíritu vivificante quien, como la palabra de Dios, salva a la iglesia orgánicamente (1 Co. 15:45; Ef. 5:26; 6:17) y Él regresará como el Verbo de Dios con Sus vencedores para establecer Su reino en la tierra (Ap. 19:13-16; 17:14; Dn. 2:34-35, 44-45).

II. La iglesia, como la novia, tiene que ser hermosa, sin “mancha ni arruga ni cosa semejante”; la iglesia es embellecida por Cristo como el Espíritu vivificante, el cual santifica la iglesia, purificándola por el lavamiento (lit., lavacro) del agua en la palabra—Ef. 5:26-27:

- A. La belleza de la novia proviene del propio Cristo que ha sido forjado en la iglesia y luego se expresa por medio de la iglesia; nuestra única belleza es el Cristo que se refleja en nosotros, el Cristo que resplandece desde nuestro interior—2 Co. 3:16-18.
- B. En el pasado, Cristo, el Redentor, se entregó a Sí mismo por la iglesia (Ef. 5:25) para redimirla e impartirle vida (Jn. 19:34); en el presente, Él, como el Espíritu vivificante, santifica a la iglesia, embelleciéndola por el lavamiento (el lavacro) del agua en la palabra; y en el futuro, Él, como el Novio, presentará a la iglesia a Sí mismo como Su complemento para Su satisfacción (Ef. 5:26-27; cfr. Cnt. 8:13-14).
- C. A menos que los sacerdotes en el tabernáculo se lavaran en el lavacro, no era posible que el tabernáculo pudiera operar; del mismo modo, a menos que seamos limpiados de la contaminación terrenal mediante el lavacro del agua en la palabra, no es posible que la vida de iglesia opere—Éx. 30:17-21; Ef. 5:26.
- D. La Biblia habla de dos clases de contaminación: la contaminación que proviene del pecado y la contaminación que proviene del contacto con las cosas terrenales, esto es, el contacto con las cosas del mundo—cfr. Jn. 13:12-17.
- E. El lavamiento que ocurre en el lavacro no representa el lavamiento del pecado efectuado por la sangre de Cristo, sino el lavamiento de la contaminación causada al tener

contacto con las cosas terrenales, el cual es efectuado por el Espíritu vivificante y que habla:

1. El Espíritu vivificante es el Espíritu que habla, y todo lo que Él nos habla en circunstancias específicas y en el presente (gr. *réma*) es la palabra que nos lava.
 2. Experimentamos el lavamiento del agua en la palabra al orar-leer la Palabra—Ef. 6:17-18.
 3. Si día a día no tenemos el hablar del Señor en nuestro interior, entonces en nuestra experiencia práctica el Espíritu está ausente, puesto que el hablar del Señor es, de hecho, el Espíritu mismo—Jn. 6:63; Ef. 6:17.
 4. En tanto que tengamos la palabra presente del Señor, tendremos con nosotros al Espíritu vivificante; sabemos que Cristo como nuestra persona está presente con nosotros mediante Su hablar, porque Su hablar es la presencia misma del Espíritu vivificante.
- F. El lavacro tipifica el poder purificador del Espíritu vivificante que proviene de la muerte de Cristo; el hecho de que el lavacro esté ubicado después del altar significa que el poder purificador del lavacro proviene del juicio de Dios en el altar:
1. Después de haber sido objeto del pleno juicio de Dios en el altar (la cruz), el Cristo crucificado entró en resurrección y fue hecho el Espíritu vivificante que nos lava—1 Co. 15:45; 6:11; Tit. 3:5.
 2. Las dimensiones del lavacro no son mencionadas, lo cual significa que el Espíritu vivificante es inconmensurable, ilimitado—Jn. 3:34.
- G. El lavacro era hecho de bronce, con los espejos de las mujeres que servían a la entrada de la Tienda de Reunión—Éx. 38:8:
1. El bronce representa el justo juicio de Dios—cfr. Nm. 16:38-39; 21:9.
 2. El lavacro de bronce era un espejo capaz de reflejar y poner en evidencia, lo cual implica que la palabra de Cristo tiene el poder de poner en evidencia y juzgar nuestras impurezas y mostrar nuestra necesidad de ser lavados.

III. Necesitamos recibir “la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios; con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu”—Ef. 6:17-18a:

- A. *Espíritu* es el antecedente de la expresión *el cual*, no de la palabra *espada*; esto indica que el Espíritu es la palabra de Dios; tanto el Espíritu como la palabra son Cristo—2 Co. 3:17; Ap. 19:13.
- B. Cristo como el Espíritu y la palabra nos provee de una espada como arma ofensiva para derrotar y matar al enemigo.
- C. La espada, el Espíritu y la palabra son uno; cuando la palabra constante en la Biblia viene a ser la palabra específica para el momento, esa palabra es el Espíritu como la espada que mata al adversario.
- D. Debemos orar-leer la Palabra principalmente para experimentar la espada como el instrumento aniquilador que mata al adversario de Dios; debido a que el enemigo se inyectó en nuestro ser, lo que necesitamos es que el poder aniquilador de la palabra nos sea aplicado para acabar con los elementos del adversario presentes en nosotros—Ef. 6:17-18.
- E. Orar-leer es una manera práctica de eliminar los elementos negativos presentes en nuestro ser.
- F. Debido a que el yo es el mayor enemigo de todos, necesitamos experimentar el poder aniquilador de la palabra de Dios; cuanto más recibamos la palabra junto con su poder aniquilador, más nuestro orgullo y todos los elementos negativos en nosotros son aniquilados.
- G. Cuando oramos-leemos la Palabra, se libra una batalla mientras los elementos negativos de nuestro ser son aniquilados; finalmente, el yo, el peor enemigo de todos, será aniquilado.